

Poblar las ciencias sociales de entidades no-humanas y de emociones: perspectivas analíticas para comprender la cuestión ambiental en las ciudades

Claudia Cirelli

Doctora en Geografía. Université Paris 8, Vincennes-Saint Denis.
Université François Rabelais de Tours. UMR CITERES, CNRS. Francia.
E-mail: claudia.cirelli@univ-tours.fr

Desde hace unos años las ciencias sociales se han poblado de entidades naturales o artificiales que han sido definidas como no-humanas (Latour, 1991; Callon & Law, 1997; Descola, 2005). Animales, objetos, plantas, moléculas, saberes, son considerados bajo esta perspectiva como *agentes* en interacción constante con los humanos, contribuyendo a ser lo que son. Detrás de esta operación para “repoblar a las ciencias sociales” (Houdart & Thiery, 2011), se halla el planteamiento por el cual explorar las múltiples relaciones que los individuos mantienen con diferentes entidades no-humanas permite una mejor comprensión de la sociedad, puesto que la realidad humana está influenciada y se construye también a partir de la apropiación y capacidad de asirse de los diferentes entornos que la rodean.

Los dos artículos que nos ocupan aquí, aunque traten temas aparentemente alejados, exploran situaciones en donde entidades no-humanas se encuentran en el centro del análisis. A partir de perspectivas metodológicas y teóricas distintas, los dos textos conducen al lector a interrogarse acerca de procesos que juegan un rol importante tanto en las relaciones entre los individuos, como en los vínculos que éstos mantienen con los no-humanos. Esto es, las formas en que las sociedades humanas se han desarrollado para adaptarse a sus entornos, las modalidades de apropiárselos y la manera de dar a estos procesos una expresión política.

El texto de Cecilia Argañaraz presenta, bajo una perspectiva histórica, las interacciones entre una ciudad y su entorno a través del caso de San Fernando del Valle de Catamarca y el rol que el agua ha jugado en su fundación y consolidación como centro urbano. Recurriendo a la teoría del actor-red de B. Latour y focalizándose en la red de acequias, la autora analiza las modalidades en que individuos y entidades no-humanas interactúan para producir la ciudad. Aquí el agua, las estructuras hidráulicas para conducirla y distribuirla, las relaciones sociales que se construyen alrededor de su control, los conflictos para su aprovechamiento, los modos de regulación para su gobierno y las ceremonias religiosas que convocan divinidades para asegurar el arraigo de los nuevos pobladores, son todas interacciones que configuran y cimientan la ciudad de Catamarca. Esta última resulta ser un *ensamblado* en el que se vinculan entidades

humanas y no-humanas (acequias, actos jurídicos, discursos, procesiones) para producir sus mutuas existencias y permanencias.

El texto de Anahí Méndez, en cambio, aborda la relación entre sociedad y entorno recurriendo a un tipo particular de acción colectiva en el espacio urbano: las performances artísticas que grupos ambientalistas (sobre todo aquellos militantes de la causa animal) utilizan como recurso y método de denuncia. Para tratar esta cuestión la autora analiza dos tipos de protestas que tienen como escenario la ciudad de Buenos Aires: por un lado, la defensa de los derechos de los animales y el rechazo de las diferentes formas de explotación y maltrato y, por el otro, la denuncia del modelo extractivista en Argentina, en particular sus implicancias en el sector agroindustrial y sus repercusiones en materia de soberanía alimentaria. Para abordar estos dos objetos de movilización ciudadana, la autora analiza una serie de *performances artísticas* en el espacio público de la ciudad de Buenos Aires llevadas a cabo por cuatro diferentes asociaciones ambientalistas que buscan sensibilizar a la ciudadanía sobre las causas que defienden. En estas intervenciones, conceptualizadas como *prácticas socioestéticas*, los militantes emplean lo “estético” por su capacidad para provocar emociones como un instrumento de denuncia, y al espacio urbano como el lugar de la revelación y la escena elegida para desplegar su acción política. Aquí el animal y la defensa de sus derechos vienen a encarnar la lucha en contra del *especismo*, y como la autora destaca, expresa “una perspectiva integradora de la relación entre naturaleza y cultura procurando situar a los animales humanos y no-humanos en un mismo plano de consideración moral”.

Como los trabajos de Descola (2005) lo han mostrado, el estudio de las relaciones entre humanos y no-humanos permite repensar la demarcación entre la naturaleza y la cultura. Superar el dualismo que las opone consiste en revertir la perspectiva antropocéntrica a partir de la cual la sociedad occidental ha construido su relación con el entorno natural. El objetivo perseguido es mostrar que este razonamiento compartimentado ha sido la causa de una parte de las consecuencias negativas que la sociedad está experimentando hoy en día; en particular su crisis ecológica. Esta tiene sus bases en una relación que se ha desarrollado a partir de la revolución industrial fundada -como señala P. Descola- en tres creencias: primero que la naturaleza es un recurso infinito, segundo que esta condición permitiría un crecimiento infinito y tercero que este último sería posible gracias al perfeccionamiento infinito de las técnicas. Este modo de la sociedad de relacionarse con los ecosistemas que lo rodean y que implica una apropiación productiva de la naturaleza, ha tenido los impactos socioambientales más dramáticos que actualmente conocemos.

La antropología simétrica de B. Latour o la antropología de la naturaleza de P. Descola al defender la postura de poner a los humanos y no-humanos en el mismo plano, plantean la construcción de un mundo común entre sujetos que no se perciben separados de los objetos, comúnmente concebidos como medios. Ahora bien, una de las formulaciones más radicales de la propuesta -objeto de numerosas críticas (cf. Barbier & Trépos, 2007)-, es la de reclamar el estatus de actores de pleno derecho para los no-humanos. Aquí el término de actor no se aplica a un ser que juega un rol, que actúa con intenciones y reflexividad, sino a cualquier entidad o materialidad que modifique el curso de una acción o la dirija hacia una dirección.

El mismo B. Latour reconoce que la definición de entidades no-humanas “no es muy feliz” (2011: 78). La categoría engloba no solamente animales y objetos, sino también realidades menos tangibles (cf. Houdart, Thiery, 2011), cuyo estatus ontológico no siempre es evidente.

En este contexto la tarea de los investigadores consiste en “hacer hablar” a estos no-humanos con el objetivo de mostrar que la organización de la realidad según la dicotomía moderna de la naturaleza vs. la cultura no es universal, y que la separación entre las dos categorías no es estanca. Pensar las relaciones entre los humanos y no-humanos, especialmente en el marco de las interacciones de la sociedad con su entorno -que es el tema que aquí nos convoca-, nos reclama interrogar la productividad de este enfoque movilizándolo como hipótesis de trabajo. Cuando se observa un fenómeno social a través de esta lente, ¿qué tipo de observación se lleva a cabo?, ¿qué material se analiza?, ¿qué relaciones se observan?, ¿qué configuraciones emergen?, ¿a qué escala?, ¿dónde empieza y dónde se acaba la capacidad de agencia de las entidades no-humanas? No podemos resolver en estas páginas los términos de un debate con un brillante porvenir, pero lo que sí nos parece provechosa para pensar es la distancia en el desplazamiento de la mirada de lo humano a lo no-humano a la que se somete el investigador. Esta distancia, que es producida por un objeto no tan familiar, resulta ser útil en la medida en que coloca al investigador en una condición de inexperiencia, en un territorio desconocido. Lo que le exige al investigador es formular quizás las mismas interrogaciones pero desde otro punto de vista, y al hacerlo, producir un cambio en la manera de concebir sus objetos/sujetos de estudio.

De la lectura de los textos se destaca también otro tema muy sugerente para analizar las interacciones sociedad y medioambiente, en particular en relación con las acciones colectivas en favor de causas socioambientales: se trata del rol que las emociones juegan en las movilizaciones, tanto en términos de enfoque como en términos de repertorios de acción. El texto de Anahí Méndez acerca de las prácticas socioestéticas en el espacio urbano en favor de la causa animal, es un buen punto de partida para reflexionar esta dimensión de la acción colectiva.

Apelar a lo estético significa también apelar a la dimensión sensible y emotiva del público, y en este sentido el artículo invita el lector a reflexionar sobre las diferentes modalidades que las acciones de protesta para la defensa de una causa pueden tomar tanto como registro de expresión, y como estrategias de lucha y movilización. Más precisamente, pone en cuestión la manera en que la manifestación de las emociones contribuye a la construcción de las causas colectivas y de cómo los militantes exteriorizan estados emotivos al mismo tiempo que ponen a prueba las emociones de otros individuos. El texto de Anahí Méndez muestra bien qué tipo de soportes materiales, de ensamblajes de objetos y de escenificaciones los militantes utilizan para defender y sensibilizar al público en su causa; en definitiva qué *dispositivos de sensibilización* (Traïni & Siméant, 2009: 13) son utilizados para provocar reacciones emotivas o afectivas que inciten a los que las experimentan a respaldar las reivindicaciones y/o a involucrarse en la acción colectiva.

En efecto, las *performances* escenificadas por la organización *Animaanimalis* en ocasión del *día sin carne* y del *día del animal* que exponen un cuerpo humano ensangrentado en una bandeja -evocación de los paquetes de carne que se encuentran en los supermercados-, o una mujer realizando actividades de aseo personal sumergida en una bañera llena de sangre, son un ejemplo elocuente de cómo un *dispositivo de sensibilización* es movilizado para construir una causa. Estas escenificaciones son simultáneamente una modalidad de expresión, una estrategia y una experiencia individual y colectiva cuyo objetivo es denunciar la condición de los animales en el seno de la sociedad occidental, pero también son formas de enrolar a nuevos activistas. Lejos de evocar al animal doméstico mimado y querido, casi humanizado, las imágenes o las instalaciones exhibidas representan seres sensibles privados de todo derecho, considerados ante todo como un bien de consumo, sujetos a la voluntad del hombre y confinados en granjas, zoológicos, circos o laboratorios.

La defensa y la protección de los animales es un ejemplo elocuente de una causa política en donde, desde sus orígenes, las emociones tienen un lugar central en la estructuración de la reivindicación y en las formas que asumen las protestas para conseguir los objetivos perseguidos (Traïni, 2011). A través de la historia de las sociedades de protección de los animales en Europa, C. Traïni muestra cómo la causa se construye a lo largo del tiempo movilizando en cada época dispositivos de sensibilización, activistas y públicos diferentes; y cómo el trabajo de los “emprendedores de la acción colectiva” consiste en una constante evaluación táctica de los dispositivos a desplegar teniendo en cuenta las circunstancias y el auditorio destinatario. Si la emergencia de la causa animal es interpretada por algunos autores como una de las empresas del proceso de civilización de N. Elias (Traïni, 2011), como una nueva forma de cruzadas morales para los derechos de los animales (Jasper & Nelkin, 1992) hoy en día, como el artículo de Anahí Méndez lo explica, ésta se inscribe en preocupaciones y luchas sociales y políticas más amplias que interpelan las relaciones del hombre con el medioambiente articuladas a otras problemáticas sociales (clasismo, racismo, sexismo, etc.).

Sin embargo, en el campo de los estudios de los movimientos sociales y de la acción colectiva las emociones no han tenido siempre un lugar relevante en el análisis: el riesgo de interpretaciones basadas en un psicologismo que “*antropomorfa* con ingenuidad las multitudes, los pueblos o las etnias” (Braud, 2008), la suspicacia hacia modalidades de expresión del desacuerdo en el espacio público que convocan emociones como cólera, miedo, y finalmente la creencia que las emociones son fenómenos básicamente subjetivos, han funcionado como resguardo a su despliegue.

Las emociones han sido tradicionalmente analizadas como expresiones de la irracionalidad, tratadas como anomalías, catalogadas como comportamientos insensatos, instintivos, opuestos a la capacidad de actuar y de juzgar de manera racional. En este sentido han sido reputadas como dañinas para la política, ya que introduciendo su sesgo socavarían la capacidad del actor implicado (elector, tomador de decisiones, militante) de elegir de manera equilibrada y ecuánime (Marcus, 2002). En su libro de 2002, *The sentimental citizen: emotions in democratic politics*, G. Marcus muestra los límites de esta visión tradicional de las relaciones entre política y emociones. Propone un nuevo enfoque por el cual para

abordar una experiencia ciudadana de manera satisfactoria, es necesario pasar por lo que los ciudadanos experimentan en el plano emotivo. De una manera provocadora el autor afirma que la capacidad de los ciudadanos de ser racionales reside justamente en el hecho de ser individuos sujetos a las emociones. Este enfoque permite considerarlas como experiencias del orden de lo sensible que juegan un rol substancial en el comportamiento político de los individuos y en las dinámicas de la vida política de una sociedad. Pueden ser el motor de la adhesión de los individuos a una causa, de la decisión por comprometerse, de la fuerza de una protesta. No se apoya una causa únicamente por una adhesión de tipo moral o para obtener beneficios después de haber realizado una evaluación de costos/beneficios, sino también para compartir un sentimiento de solidaridad, de cólera, de compasión.

Esta visión busca rebasar la oposición clásica en el campo de los estudios de la acción colectiva entre la escuela de los procesos políticos, cuyo análisis se basa en los conceptos de estructuras de las oportunidades, repertorios de acción y emprendedores de las acciones colectivas (McAdam, et. al, 2001; Tarrow, 2004) y un enfoque constructivista, (derivado en parte del interaccionismo simbólico) que pone el acento en los significados, las identidades de los actores y las emociones como factores que permean y hasta estructuran la acción colectiva.¹ Esta perspectiva intenta hacer dialogar los dos enfoques, desbordando la oposición entre racionalidad e irracionalidad de las acciones. Esta oposición se ha traducido en una despreocupación de los investigadores por la cuestión de las emociones y en una expulsión de sus manifestaciones más violentas de la escena pública por un proceso de institucionalización del conflicto y de normalización (en el sentido de regulación) de las acciones consideradas legítimas (Sommier, 2010). Siguiendo las reflexiones de I. Sommier, la ocultación de la dimensión sensible en el campo de los estudios de las acciones colectivas y de los movimientos sociales reside probablemente también en el esfuerzo metodológico de sus defensores por crear una ciencia positivista anclada en objetos que pueden ser analizados de una manera rigurosa, para distinguirse de esta manera de otras disciplinas humanísticas como la psicología, la filosofía o mismo la historia.²

Pero, como afirma C. Traïni, en el campo el investigador observa y examina muchas situaciones en las cuales las emociones están presentes: es importante entonces explorar por qué, de qué manera y con qué efectos las emociones son producidas y estructuradas en el marco de una acción colectiva. Desde un punto de vista metodológico, se trata de observar los dispositivos de sensibilización que conforman datos empíricos observables. Si la experiencia de una emoción implica una activación fisiológica (temblores, rubor, aceleración del pulso), como las neurociencias han mostrado, esta se acompaña de una experiencia subjetiva

¹ Para este debate ver en particular el texto de Goodwin J., Jasper J. (eds), 2004. Entre los investigadores estadounidenses que participan de dicho debate se encuentran: Marcus, 2002; Goodwin, Jasper, Polletta, 2001; Goodwin & Jasper, 2003; Polletta, 2006, y más recientemente aquellos que recuperan el debate en Francia: Siméant, 2009; Sommier, 2010; Traïni, 2015.

² Existen sin embargo excepciones en la sociología política y las ciencias políticas en el mundo académico francés. Por ejemplo: Ansart P. *La Gestion des passions politiques*, Lausanne, L'Âge d'homme, 1983, y una década después L. Boltanski *La Souffrance à distance. Morale humanitaire, médias et politique*, Paris, Métailié, 1993, P. Breaud *L'Émotion en politique*, Paris, Presses de Sciences Po, 1996.

consciente que hace referencia a informaciones que emanan de la memoria y cuya expresión se refiere a formas colectivas reconocidas que inscriben una experiencia individual en un sistema de significados construido socialmente. Las emociones son por lo tanto inscritas en un sistema cultural y social³. Siguiendo I. Sommier, “la emoción *strictu sensu* es un objeto sociológico en el sentido de que constituye una forma, incluso la forma de comunicación, de enlace con los demás que acompaña un proceso de movilización. (...) suscitando empatía e intercambios [la emoción] es central en las dinámicas de grupo ya que producen una reacción coordinada (2010: 193).

El enfoque que pone a las emociones en un lugar central invita al investigador a evidenciar los lazos entre las manifestaciones afectivas y el contexto social en el cual se inscriben. Un cierto número de trabajos en este campo muestra que la manifestación de emociones obedece a sistemas de normas y que no pueden ser disociadas de sistemas locales de derechos y obligaciones, de valores y de juicios de valor (cf. en particular el texto colectivo de Traïni, 2009). En la causa animal, por ejemplo, este es un punto particularmente sensible a la hora de elegir el tipo de soporte visual para una campaña: ¿qué tipo de imágenes pueden ser exhibidas?, ¿en qué tipo de espacio?, ¿en qué momento y dirigidas a qué público? En las performances presentadas en el artículo de Anahí Méndez, por ejemplo, el carácter chocante de algunas de ellas (en particular aquella presentada para el *día sin carne* y el *día de los animales de laboratorio*) puede generar una tensión en el espectador, sin embargo, la violencia en contra de los animales es filtrada por una escenificación que pasa por el cuerpo humano -que viene a suplantar el del animal. En cambio, ¿quién no ha sido conmovido y no ha experimentado un sentimiento de rechazo (más que de adhesión) frente a imágenes empleadas por las organizaciones animalistas que muestran la brutalidad de algunos métodos de matanza utilizados en los mataderos o en los laboratorios?

En conclusión, interrogarse acerca del lugar que las emociones pueden tener en la construcción de una causa colectiva nos parece particularmente productivo a la hora de analizar movilizaciones que tienen como objeto hacer visibles en el espacio urbano determinado tipo de conflictos y protestas entorno al medioambiente. Estas consideraciones nos parecen reforzar el planteamiento de Anahí Méndez cuando afirma que las prácticas socioestéticas actuadas en el espacio público de la ciudad de Buenos Aires, al situarse en el registro de lo sensible, son portadoras de “una carga potencial para promover una desestabilización ontológica y favorecer la emergencia de otros enfoques para pensar la compleja relación entre las sociedades humanas y el ambiente”.

³ Teniendo en cuenta la dificultad de definir de manera unívoca una emoción, por la diferencia de intensidad, duración y escala (colectiva, individual) que los diversos estados afectivos pueden tener, Akoun y Ansart proponen distinguir entre cuatro estados afectivos diferentes: el “*afecto*” es la dimensión subjetiva de estados psíquicos como el dolor, el placer; la “*emoción*”, que es una excitación viva limitada en el tiempo acompañada de manifestaciones físicas y culturales distintas según el contexto social; el “*sentimiento*”, que sería una reacción afectiva de larga duración positiva o negativa que interviene en los procesos de socialización y en la construcción de las acciones colectivas, y finalmente la “*pasión*”, que el autor define como aquella afectividad intensa que se manifiesta mediante comportamientos creadores o destructores donde se movilizan energías y actitudes poco abiertas al razonamiento (Akoun & Ansart 1999). I. Sommier prefiere hablar de “*dimension affectuelle*” -contracción de *affect* (afecto) y *emotionnel* (emocional).

Así los dos artículos de donde esta reflexión ha surgido, comparten una misma ambición: la de representar de una manera totalmente nueva y simétrica el compromiso ecológico que vincula el hombre con la naturaleza y la materialidad. Para las dos autoras se trata de adherir a un nuevo modelo científico y político de representar las relaciones con los *no-humanos* -animales, objetos o recursos- y de hallar una nueva forma de hacer sociedad con ellos. El alcance político de este giro ecológico de las ciencias sociales nos parece merecedor de ser puesto en la mesa para el debate.

Referencias bibliográficas

AKOUN, A. ANSART, P. (dir.) (1999) Dictionnaire de sociologie. Paris: Le Robert et le Seuil, 1999.

ANSART, P. (1983) La Gestion des passions politiques. Lausanne: L'Âge d'homme.

BARBIER, R. & TRÉPOS, J. (2007) "Humains et non-humains: un bilan d'étape de la sociologie des collectifs", *Revue d'anthropologie des connaissances*, vol. 1, 1, (1), 35-58. doi:10.3917/rac.001.003

BOLTANSKI, L. (1993) La Souffrance à distance. Morale humanitaire, médias et politique. Paris: Métailié.

BRAUD, P. (1996) L'Émotion en politique. Paris: Presses de Sciences Po.

BRAUD, P. (2008) « Préface », in Marcus G. *Le Citoyen sentimental. Émotions et politique en démocratie*, Paris, Presses de Sciences Po, 2008.

CALLON, M. & LAW, J. (1997) "L'irruption des non-humains dans les sciences humaines: quelques leçons tirées de la sociologie des sciences et des techniques", in *Les limites de la rationalité, Les figures du collectif*. Tome 2. Paris La Découverte.

DESCOLA, P. (2005) Par-delà nature et culture. Paris: Gallimard. « Bibliothèque des sciences humaines ».

DESCOLA, P. (2011) "Prologue", in Houdart S., Thiery O., (eds.), 2011, *Humains et non-humains. Comment repeupler les sciences sociales*, Paris, La Découverte, p. 15-21.

GOODWIN, J.; JASPER, J.; POLLETTA, F. (2001) *Passionate Politics: Emotions in Social Movements*. Chicago: University of Chicago Press.

GOODWIN, J. & JASPER, J. (eds), 2004, *Rethinking social movements. Structures, Meaning and Emotions*, Lanham, Rowman & Littlefield Publishers

HOUDART, S. & THIERY, O., (eds.) (2011) *Humains et non-humains. Comment repeupler les sciences sociales*. Paris: La Découverte.

JASPER, J. M. & NELKIN, D. (1992) *The animal rights crusade: the growth of a moral protest*. New York: Free Press.

LATOUR, B. (1991) *Nous n'avons jamais été modernes. Essai d'anthropologie symétrique*. Paris: La Découverte.

LATOUR, B. (2011) "Prologue", in Houdart S., Thiery O., 2011, *Humains et non-humains. Comment repeupler les sciences sociales*, Paris, La Découverte, p. 75-80.

MARCUS, G. E. (2002) *The Sentimental Citizen. Emotions in Democratic Politics*. University Park: Pennsylvania State University Press

McADAM, D.; TARROW, S. & TILLY, C. (2001) *Dynamics of Contention*. Cambridge: Cambridge University Press.

POLLETTA, F. (2006) *It was just a fever: Storytelling in Protest and Politics*. Chicago: University of Chicago Press.

SOMMIER, I. (2010) "Les états affectifs ou la dimension affectuelle des mouvements sociaux", in Agrikolianski E. *et al. Penser les mouvements sociaux*, Paris, La Découverte, p. 185-202.

TILLY, C. (2004) *Social Movements, 1768-2004*. London: Paradigm Publishers.

TRAÏNI, C. (2011) "Les émotions de la cause animale. Histoires affectives et travail militant". *Politix*, vol. 24, n° 93/2011, 69-92.

TRAÏNI, C., (dir.) (2015) *Émotions et expertises. Les modes de coordination des actions collectives*. Rennes: PUR.

TRAÏNI, C.; SIMÉANT, J. (2009) "Introduction. Pourquoi et comment sensibiliser à la cause", in Traïni C., (dir.), *Émotions... Mobilisation !*, Paris, Presses de Sciences Po, pp.11-34.